

El silencio del extranjero

Claudio Cinti

Correspondo, con gratitud y dolor, a la invitación que me hizo Ana Rebeca Prada, para participar en este homenaje a Jesús Urzagasti, al año y más de su fallecimiento. El hecho de que tradujera tres libros de Jesús al italiano no me vuelve apto para escribir análisis críticos sobre el conjunto de su obra, que, por lo demás, mi amor de mero lector me empuja a calificar como una de la más bellas, intensas e importantes de la época en que se escribió.

Conocí personalmente a Jesús en el otoño de 1999, en su casa de Sopocachi, junto a su esposa Sulma, al amigo Álvaro, a una pléthora de hermosos niños y a un maticito pasando de mano en mano. Cachín Antezana me había hablado del “gran escritor chaqueño”, sugiriéndome que leyera su novela En el país del silencio, lo cual hice, con asombro y maravilla, pocos meses antes de volver a La Paz para entrevistarme con el autor.

Estaba en la época de mis primeros descubrimientos de la riquísimas vetas que constituyen el tesoro, aún no sacado enteramente a la luz, de la literatura boliviana; y después de encontrarme jubiloso y pasmado con la “mina” Jaime Saenz, quedé sin aliento frente al purísimo oro literario, poético, que es la escritura de Jesús. Un par de años después, al publicar mi versión italiana de su primera, esplendorosa novela Tirinea, intenté escribir algo sobre la calidad específica que forma su escritura; mi breve ensayo salió a manera de comentario a ese libro. No puedo y no quiero, reitero, entrar ahora

en lo de su obra; baste con decir que de su primer libro (mejor dicho: de sus primeros poemas sueltos) al último que escribió (inédito, todavía), la calidad de la escritura de Jesús es milagrosamente la misma: inmejorable, insuperable, quizás insuperada. El escritor Urzagasti estaba hecho de una sola pieza que salió hecha y derecha del horno. Y tal el hombre Jesús, a quien no dejaré de extrañar por el resto de mi vida.

A la versión italiana de Tirinea, siguieron De la ventana al parque y El árbol de la tribu (esta última, en colaboración con Silvia Raccampo), que propiciaron el viaje de Jesús y Sulma a Italia para una gira de exitosas presentaciones públicas (ver a Jesús, escuchar a Jesús leyendo sus textos o hablando de su vivencia y de la literatura conmovió profundamente al público de todas las ciudades en que estuvimos: algo que yo nunca vi antes en mi ya vasta experiencia de acontecimientos de ese género). Tuve el don de estar un mes junto con él, de tenerlo largo rato en mi propia casa, de armar o imaginar planes literarios para el futuro... lo que finalmente no se dio.

El diálogo que sigue, Jesús y yo lo escribimos para “preparar” su viaje a Italia de 2012, y salió en traducción italiana, a manera de introducción a una antología de sus versos, en el número 272 (junio) de la revista Poesia de Nicola Crocetti, su primer editor italiano. Ahora, aquí tienen el original. Vuelvo a leer sus palabras, y vuelvo a escuchar su voz tan querida.

CLAUDIO CINTI. Querido Jesús, quiero recordar al gran poeta argentino Edgar Bayley, quien protagoniza tu libro *De la ventana al parque*. En muchas de sus páginas recorre su “porque sí” al mundo y a la “alegría de la vida.” ¿Tiene que ver, en algo, con tu obra literaria?

JESÚS URZAGASTI. Ese “porque sí” tiene muchas puntas y dice muchas cosas, como sucede con todo lo esencial. A mí me basta saber que ese enigmático “porque sí” se origina allí donde se acaba el razonamiento y comienza la certidumbre del cuerpo.

C.C. Tu poesía, como el lector italiano se va a dar cuenta, tiene poco que ver con lo místico o lo irracional. Por otro lado, está dominada por cosas, personas e imágenes.

J.U. A propósito de “lo místico o lo irracional,” debo decirte que —glosando una copla chapaca— a mí no me asustan los caminos ni los pedregales. Pues bien, creo yo que debajo de la razón hay otra razón, de letras ilegibles, pero no por eso carentes de sentido. Y para no entrar en honduras, que casi siempre resultan intraducibles, prefiero contarte algunas cosas; contarte, por ejemplo, que desde el comienzo el mundo fue para mí un continuo asombro y la vida un milagro. Me parece que no en vano escribí en *Tirinea* “soy lo que dura el coito entre la vida y la muerte,” o que de joven hubiera dejado anotado por ahí que “el universo brilla en la oscuridad,” o que “sólo en la noche la vida abre sus misteriosas pupilas.” Es cierto que el mundo que conocí de niño no pasaba de ser una tierra llena de árboles con unos cuantos senderos abiertos por entrañables labriegos. Con el correr de los años ese mundo se ha agrandado, pero en lo esencial no ha cambiado; eso me lo dice la poesía con un lenguaje que considero sagrado.

C.C. Como acabas de nombrar *Tirinea*, que el lector italiano ya conoce gracias a Crocetti, me gustaría que nos contaras algo sobre ese primer libro tuyo...

J.U. Escribí *Tirinea* del 23 de febrero al 12 de junio de 1967, en La Paz, ciudad donde vivo desde hace más de medio siglo (no está demás señalar que nací en el sur de mi país, en el Gran Chaco, en la frontera con la Argentina y el Paraguay). *Tirinea* ha sido siempre para mí un regalo, y tal como me dijo H.A. Murena —a quien debo su publicación en la Editorial Sudamericana de Buenos Aires— lo que me correspondía

de ahí en adelante era romper la nuez con mis propias manos, con el consiguiente riesgo de no encontrar nada, o descubrir el secreto de todo. Me quedé callado quince años, con un viaje a Europa de por medio, hasta que desemboqué en la escritura de *En el país del silencio*. ¿Qué puedo decir de todo esto? Que *Tirinea* ha hecho su camino y yo el mío; sin embargo, no me sorprende que dichos caminos se hubieran cruzado una y otra vez, al fin y al cabo ese libro es una cifra que me hace oscilar entre el conocimiento recóndito y las palabras que lo traducen.

C.C. ¿Sería correcto decir, entonces, que la experiencia del mundo que hace un poeta es como un texto que él busca descifrar o traducir? ¿Cuáles serían sus alcances, y sus límites? Dicho de otra forma: ¿qué lugar tiene el silencio en el quehacer de los poetas?

J.U. Algo por el estilo, me parece. En este caso, *descifrar* y *traducir* serían sinónimos. Por lo demás, el silencio no declara una imposibilidad; por el contrario, establece una certeza de otro orden. Me gustaría redondear esta cuestión con la transcripción de un poema que me exime de mayores comentarios:

Elogio del silencio

*El silencio viene de muy lejos
para sentirlo debes penetrar en la espesura del origen
tocar la materia que se evade de sus graves enigmas
sorprender la quietud escondida en el movimiento
guardar bajo llave el zumbido impar del destino.
Con una palabra puedes nombrarlo
y rozarlo con el pensamiento
pero a su inestable y vasto reino
nadie entra sino descalzo.
Se instala donde se detiene el tiempo
ajeno a sombras y luces
y si de pronto se esfuma
el bullicioso mundo se queda en la luna.
Nadie sabe por qué la música del universo*

*es la otra cara del silencio
 todos ignoran en qué se funda
 tamaño sortilegio sin partitura.
 Puerto de salida y de llegada
 profundidad que en la altura no se empaña
 espejo invisible de la soledad
 que habita en todos los rincones de tu cuerpo
 algo más puro es todavía el silencio
 cuando de tanto meditar en la inmensidad
 que no cabe en ninguna parte
 te rindes y lo echas de menos.*

Haciendo un paréntesis en nuestra sesuda charla, quisiera preguntarte qué palabra escuchada en Bolivia se te grabó en la memoria y si a estas alturas sabes por qué.

C.C. ¿Entiendes una “palabra poética”, o una palabra a secas?

J.U. Querido Claudio, me parece que todas las palabras son susceptibles de fungir poéticamente, sea por el centro o por la periferia. Pero me late que tú podrías decir muchas cosas al respecto.

C.C. Bolivia es donde aprendí castellano. La ciudad de La Paz fue mi colegio. Mi castellano, aunque con el tiempo se fue desarrollando y enriqueciendo con “préstamos” de otros países de habla española, sigue identificándose con el de Bolivia. Con lo que Bolivia es. ¿Y qué es Bolivia, para mí? Muy a pesar mío, yo soy un “literato.” Y Bolivia, en este sentido, es como un enorme texto en que confluye la música del idioma que se me pegó como una segunda piel. Fui penetrado —y sigo siéndolo cuando tengo la ocasión de quedarme unos días en Bolivia— por las palabras que se escuchan en las calles, en los mercados, en las tiendas, en los minibuses, y por las que puedo olfatear en las charlas con mis amigos. Pero no sólo el lenguaje vivo de la gente, sino el de la música, el de la poesía, del teatro, de la literatura en general...

J.U. En buen romance —en el castellano de estas tierras—, podrías decir “de Bolivia voy viniendo.”

C.C. Aprendí a leer castellano en libros de autores bolivianos. Así que muy fácil sería decir que palabras casi intraducibles como “aparapita,” u “ófrico,” cien por cien bolivianas y mil por mil paceñas, se apoderaron hasta de mi manera de pensar y relacionarme con distintos ámbitos del mundo... Muy verdadero y demasiado fácil. Fíjate que yo vi a un aparapita —el indio aymara que recorre incansable las calles de la ciudad con inmensos bultos a cuestras— antes de saber que, para Jaime Saenz, no era un mero cargador sino el símbolo mismo de la ciudad, y de poderlo nombrar: fue en el Mercado Rodríguez, el segundo o tercer día de mi primera estadía en La Paz en el año 95. Y, por supuesto, entré a lugares ófricos antes de que Saenz se volviera el primer horizonte de mis búsquedas literarias... Entonces, más que una palabra en sí, diría que puedo elegir un ademán, una voz, o un gesto. La voz y el ademán del voceador paceño —un niño— asomándose casi de cuerpo entero, sin miedo a caerse, desde la ventanilla del primer micro que tomé rumbo a San Pedro el día que vi a mi primer aparapita...

J.U. Has dado un hermoso y conmovedor rodeo para llegar a dos palabras bolivianas que para ti son esenciales: aparapita y ófrico, esta última usada no sólo en La Paz, pues de niño la oí en mi Chaco natal cuando de repente te encontrabas en un lugar oscuro y húmedo. Ahora bien, sólo por haberlas elegido, Jaime Saenz les ha dado “algo más,” de modo que las ha devuelto al sitio de donde las tomó, con ese “algo más”...

C.C. Fíjate que, al traducir *Felipe Delgado*, decidí, junto con Luis H. Antezana, quien asesoró mi trabajo, y con Crocetti, quien publicó la gran novela de Saenz, *no traducir* ni ófrico, ni aparapita: para que entraran de lleno en mi idioma...

J.U. Pero retornemos a lo nuestro. En lo tuyo se “siente” La Paz; es decir, se “siente” el amor que ha despertado en ti la tierra boliviana. ¿No sucede algo parecido con la poesía? Merced a una feliz organización verbal, palabras que pertenecen al orden profano y se prestan al uso cotidiano de pronto alcanzan la condición de cuerpo fulgurante, hecho ya de términos insustituibles. A este propósito, me ha encantado llegar a saber algo del “lenguaje de los pájaros” y su filiación islámica, y siempre sucumbí a la tentación de asociar esa tradición, a manera de ejemplo,

con unos versos luminosos de Alejandra Pizarnik: *la muerte le ha devuelto al silencio su prestigio hechizante*. Pues bien, pasando a otra cosa, a mí me cautivó la palabra *tenaz*, dicha por colombianos en Bogotá, y me tocó *il pensieroso*, frase que H.A. Murena empleó en circunstancias que ahora no puedo precisar. ¿Qué piensas tú al respecto?

C.C. Bueno, me haces pensar en una posible extensión del concepto que Walter Benjamin emplea para dar con su filosofía del lenguaje, que, por lo demás, arraiga en la tradición bíblica. El *nombre*, según Benjamin, es tu “cuerpo fulgurante”. Adán nombra las cosas, y con eso las cosas adquieren vida propia. El lenguaje es el resorte de la creación, pero no sólo: cada idioma guarda la posibilidad de “fulgurar” el mundo a su manera... Debe ser por eso que algún día me encariñé, ya de por vida, con ese misterio que me tiene en vilo: el misterio de la traducción...

J.U. Para mí los idiomas tienen aromas singulares y cierta musicalidad inherente al hecho de obrar como testimonio del primer contacto humano con la realidad, no importa si ese “contacto” sucedió ayer o en la mera prehistoria. Se han tejido múltiples interpretaciones a propósito de niños que crecieron encerrados: si llegaron a hablar, ¿de qué hablan?; en suma, ¿qué clase de lenguaje llegaron a desarrollar? Lo fácil y cómodo es proponer dos salidas para esos infantes: la locura o el verbo que se remite a lo sustantivo. Y sin ir muy lejos, el poeta es ese niño que, enfrentado a la soledad, oscila sin pesadumbre entre la locura y la lucidez. Hasta ahí nomás. A mí me encantan los políglotas, precisamente porque no puedo serlo. Dicho de otra manera, soy ratón de un solo agujero, u hombre de un solo huerto, como le sucede a quien interviene en un idioma en proceso de formación o transformación; lo cual no me impide valorar hasta donde cabe la traducción en la que, por angas o por mangas, uno está metido. Para no empezar a desvariar, prefiero citar aquí, le venga o no le venga al caso, un fragmento de un bello poema de Eugenio Montale: “Felicidad hallada, caminamos/ por ti sobre un cortante filo./ Para los ojos eres el fulgor que vacila,/ para el pie, tenso hielo que se hiende; mejor que no te toque quien más te ama.” Tú conoces el original, como yo conozco el original de *Albero della tribu* que, para ventura mía, Silvia y tú han traducido al caro idioma de Leopardi.

C.C. Gracias por recordar a Leopardi y Montale. Por mi parte, antes de despedirme, ¿cómo podría pasar por alto el recuerdo de un fragmento tuyo sobre el traductor y el acto de la traducción? Se encuentra en tu novela *En el país del silencio*, y desde hace muchos años me acompaña. No hay campo aquí para citarlo todo, pero así empieza: “El libro es también traducción, pero no oral, sino universal; y en sus fundamentos, es traducción. Traduce una existencia en palabras...”

J.U. Te agradezco por traer a colación un fragmento de un libro que me costó muelas escribir. Pues bien, hasta donde me alcanza el cacumen, puedo decir que la tarea del traductor tiene que ver con la claridad y la precisión. Quien sepa qué cosa es la oscuridad, sabe también que esa oscuridad tiene su propia luz y, por ende, suficiente energía para perfilar los contornos de seres y objetos que permanecían cubiertos por las sombras; por eso, precisamente, todos tenemos algo de nictálopes. Dicho entre amigos, yo traduzco de mi oscura interioridad algo que esa interioridad ha traducido del mundo que la circunda. ¿Sería fatal que lo que yo haya traducido —sea en forma de poema o novela— se parezca al mundo circundante y no a lo que mi oscura interioridad guarda como pieza original? ¿O sería lo ideal? Viejas preguntas que nos remiten al dilema de trazar un círculo desde dentro o desde fuera, con la consiguiente bifurcación del sentido de semejante operación. Me dirás ¿y qué tiene que ver esto con mi oficio de traductor? Sospecho que mucho. Si cabe la paradoja, la autonomía de un idioma siempre dependerá de la autonomía de los otros idiomas; vale decir, un idioma es completado por otro, y así sucesivamente hasta cerrar el círculo mágico. Y lo digo yo, que sé cuatro palabras de guaraní, otras tantas de aymara, quechua, inglés, italiano y francés, y apenas deletreo el castellano. Escribir y pensar en un idioma del que uno no conoce una sola palabra —aspiración de lord Chandos, según Hugo von Hofmannsthal— es cosa tan antigua como la de traducir, de la que nos quedó la manía de inventar palabras. A todo esto, llueve en la ciudad de La Paz y hay goteras en la casa que habitamos, lo cual, en vez de desalentarme, me empuja a pensar en los amigos que conoceré en Italia —si los achachilas así lo deciden—; merced a ellos lo que ahora estoy viviendo sólo será un imprevisible recuerdo. Además de viajar con las cejas enarcadas, como quería Thomas Mann, tendré presente el aforismo de Stanislaw Jerzy Lec: “Si ignoras su lengua, no comprenderás nunca el silencio del extranjero”.

Venecia, 22 de mayo de 2014